




De la fábrica al Partido: las trabajadoras negras y la emergencia del Sindicato de las Despalilladoras de La Habana, 1940-1948¹

Catalina del Mar Garrido Torres

Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium, Colombia   

<http://dx.doi.org/10.5209/chco.97814>

Recibido: 9 de septiembre de 2024 • Aceptado: 2 de diciembre de 2024

Resumen: Este artículo examina el proceso mediante el cual un grupo de trabajadoras negras de la industria del tabaco construyó su identidad de clase, problematizando su lugar en la militancia sindical y comunista en tanto que mujeres negras, pertenecientes a las capas populares. Trabajaban en el despalillo del tabaco, un oficio estratégico para la exportación de tabaco en rama, en contraste con su consideración como una labor no calificada y su baja remuneración. A partir del análisis de fuentes diversas como prensa obrera, censos de población y testimonios de la época, se reflexiona sobre cómo, en el agitado contexto político de los años cuarenta, las experiencias de un núcleo de mujeres negras como Inocencia Valdés, Amparo Loy o Teresa García, derivaron en que las identidades de género y de clase asociadas al oficio adquirieran nuevos matices, mientras que el racismo –manifestado con mucha ambigüedad en la sociedad cubana– fue interpelado hasta convertirse en uno de los aspectos que debían ser cambiados. Pese al mayor grado de organización sindical, su interlocución con el Estado y la patronal (en una forma más institucionalizada que en décadas anteriores) y su tránsito entre las fábricas de tabaquería y la militancia comunista, las historias de quienes eran popularmente conocidas como “las negras” permiten cuestionar cualquier narrativa lineal del proceso de formación de la clase obrera tabacalera y señalar, por el contrario, que este corrió en paralelo con la construcción de múltiples formas de diferenciación social, como la racial y la de género.

Palabras clave: Trabajadoras negras; Cuba; años cuarenta; clase; género; raza.

ENG From the Factory to the Party: Black Female Workers and the Emergence of the Havana Women Stemmers' Union, 1940-1948

Abstract: This article examines how a group of black female workers in the tobacco industry developed their class identity due to being marginalized as women, black individuals, and members of the working class. They were involved in the crucial task of stripping tobacco leaves for bulk export, often seen as unskilled work with low pay. By analyzing various sources, including

¹ Este artículo es resultado de una investigación que amplía un tema inicialmente esbozado en la tesis doctoral titulada *Mujeres trabajadoras en la provincia de La Habana: identidades, marcas de subalternidad y cultura obrera de las despalilladoras de tabaco, 1898-1948*, la cual fue realizada en el Centro de Estudios Históricos del Colegio de México A.C. El artículo en particular fue auspiciado por la Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium y por la Universidad del Valle de Cali, Colombia.

workers' press, population censuses, and contemporary testimonies, the article reflects on how the experiences of key black women in the 1940s, such as Inocencia Valdés, Amparo Loy, and Teresa García, reshaped gender and class identities associated with this work. It also highlights the need to address racism as a significant issue. Despite increased union organization, engagement with the state and employers, and transition to communist activism, the stories of these women, popularly known as "las negras," challenge the idea of a linear narrative of the Cuban tobacco working class. Instead, they illustrate the simultaneous creation of various forms of social stratification along racial and gender lines.

Keywords: Black female Workers; Cuba; Forties; Class; Gender; Race.

Sumario: Introducción. 1. La construcción sexual y racial del oficio del despalillo. 2. La militancia de las despalilladoras negras: entre la fábrica, el Sindicato y el Partido. 3. Las despalilladoras durante la violencia política y las purgas anticomunistas. 4. Consideraciones finales. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Garrido Torres, Catalina del Mar (2025). "De la fábrica al Partido: las trabajadoras negras y la emergencia del Sindicato de las Despalilladoras de La Habana, 1940-1948". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 47(1), 65-85

Introducción

Fui secretaria general de la Sección de Desocupados, primera vocal del Sindicato de Despalilladoras de La Habana, y representación del Sindicato de Despalilladoras en la CTC. Por esa fábrica conocí yo, por la propaganda del Retiro Tabacalero, [...] Pinar del Río completo, que es la zona tabacalera. [...] Casi todas las del Siboney íbamos: Teresa García, Inocencia Valdés, que era la financiera, Elena Jiménez. [...] Yo era organizadora de un taller donde tenía setecientas sesenta y seis mujeres (Calderón, 1970: 196).

Teresa García, Inocencia Valdés y Amparo Loy (quien narra el epígrafe citado) eran tres despalilladoras negras que confluyeron, a raíz de su militancia sindical y comunista, en espacios de sociabilidad de mucha importancia para la vida política habanera como las fábricas de tabaquería y los sindicatos. El relato de Amparo Loy se ubica hacia finales de los años treinta y comienzos de los cuarenta: un momento muy convulso de la era republicana marcado por el ciclo revolucionario que se apertura en 1933 el cual, aunque fue rápidamente frustrado, dejó una nueva agenda política en la que los sectores obreros organizados se convirtieron en actores claves para quienes aspiraran controlar el Estado. Esta es una de las razones por las cuales Louis A. Pérez caracteriza al periodo posterior a la revolución de 1933 como el "eclipse de la vieja Cuba" (2011: 210-236; Pettinà, 2009: 220).

En este artículo examino el proceso mediante el cual un grupo de trabajadoras negras de la industria del tabaco elaboró colectivamente una identidad de clase, politizando subalternidades raciales y de género que marcaron profundamente sus experiencias vitales. Reflexiono sobre cómo negociaron constantemente su lugar como sujetos activos del cambio político y cultural y, en ese sentido, sus trayectorias ponen de manifiesto un reto metodológico para el estudio de las trabajadoras negras en tanto que sujetos históricos: en las huellas que encontramos sobre sus vidas – en las que no siempre es su voz la que se manifiesta sino la de otros actores e instituciones sobre ellas –, a menudo se sobreponen unas marcas de subalternidad sobre otras. En especial, ocurre que en las fuentes predomina una lectura de clase sobre la dimensión racial, expresándose con poca frecuencia la conexión explícita entre la clase, el género y la raza.

El peso de la triple subalternidad es un asunto que ha sido teorizado y politizado a partir de los encuentros y los desencuentros entre la lucha abolicionista y la sufragista desde comienzos del siglo XX en los Estados Unidos y, de manera más sistemática por el feminismo negro desde los años sesenta y setenta de este país, tan cercano, en términos históricos, a Cuba (Jabardo, 2012). En escenarios de militancia y de academia en Latinoamérica y el Caribe también ha habido

en las últimas décadas un esfuerzo similar de reflexión sobre el cruce de diversos sistemas de opresión desde una perspectiva feminista y poscolonial (Viveros, 2016). En Cuba, desde finales del siglo XIX hubo experiencias feministas protagonizadas por mujeres de clases medias y altas blancas, así como por mujeres negras – estas últimas alrededor de proyectos como el de la *Revista Minerva* que circuló entre 1888 y 1889 (al respecto ver Colón, 2016 y Barcia, 2009) –. En el siglo XX, se desarrolló un activo movimiento feminista, en el cual las mujeres negras también se abrieron camino al incursionar en algunos espacios de sociabilidad política. Dentro de este itinerario, desde comienzos de los años treinta la militancia comunista y el nacionalismo revolucionario tuvieron relevancia para una parte importante del movimiento (Stoner, 1991; Ramírez, 2014). Particularmente, las mujeres negras que hicieron presencia en diversos escenarios de la política profundizaron, ampliaron y cuestionaron con sus prácticas y sus discursos el mito de la democracia racial con el que nace la época republicana, el cual tendía a minimizar el peso del racismo estructural en esa sociedad.

Poner la categoría de “raza” en el centro para examinar la experiencia de las trabajadoras negras del despalillo del tabaco, aporta otros elementos a lo que algunos autores han discutido sobre la cuestión racial en la Cuba del temprano siglo XX (De la Fuente, 2014; Helg, 1995; Fernández, 1994). En su explicación sobre las posturas que hay en torno al mito de la democracia racial, Alejandro de la Fuente señala que hay dos perspectivas teóricas, cada una con sus aportes y sus limitaciones. Una es la del “predominio del racismo” según la cual las élites republicanas plantearon que había llegado una era de igualdad racial, un mito que negó la discriminación racial bajo el argumento de que la inferioridad social de la población afrocubana era una cuestión de voluntad propia y no un asunto estructural. Una segunda perspectiva, la de la “posibilidad de integración”, explica que si bien el racismo persistió hubo un discurso nacionalista de integración de blancos y negros que logró ciertos avances para la población afrocubana disminuyendo un poco esa desigualdad. Para este autor, la primera perspectiva resulta limitada porque no logra explicar los avances de la población afrocubana en algunos campos y desestima un poco el papel que juegan otros elementos en la desigualdad como las distinciones de género, mientras que la segunda no logra una explicación muy contundente de por qué persistió la desigualdad racial durante la República (De la Fuente, 2014: 9-12).

Ante este panorama Alejandro de la Fuente plantea una tercera vía, que comparto en este artículo, y es que la ideología racial que sustentaba el discurso democrático no fue un fenómeno unidireccional, así las élites creyeran con frecuencia que la población afrocubana no tenía la capacidad de utilizar los mitos raciales a su favor. En consecuencia, como señala este autor, la cuestión racial en Cuba está atravesada por la ambigüedad: “la exaltación retórica de la inclusión racial, como la esencia misma de la nacionalidad, ha hecho mucho más difícil la exclusión racialmente definida, creando, en el proceso, oportunidades significativas para la apropiación y manipulación de estas ideologías por parte de quienes están en posiciones inferiores, a la vez que limita las opciones políticas de las élites” (De la Fuente, 2014: 12), lo cual no niega que el racismo se manifieste en diferentes dimensiones de la realidad social. Señalaré por un lado que, en efecto, algunos discursos de las despalilladoras negras también tenían esa ambigüedad entre la denuncia racial y la exaltación de un nacionalismo de la inclusión racial. Por otro lado, cuando se compara los Estados Unidos, Sudáfrica y Cuba encuentro que en la Isla el orden racial no era sancionado por el Estado de la misma manera, puesto que no había una política explícita de segregación. Así, mientras que el Estado obstaculizó la presencia de los afrocubanos en algunos espacios como en el laboral, permitió su participación en las dinámicas del asociacionismo (Montejo, 2004: 227-271, Pignot, 2010: 837-862).

En libros recientes centrados en las experiencias de trabajadoras negras en Cuba, Brasil y el Canal de Panamá, se ha destacado las maneras en que sus itinerarios de vida a menudo retaron las nociones de respetabilidad y moralidad –definidos a partir de la experiencia de las mujeres blancas –, abriendo otros ámbitos vetados para ellas como el político (Harrington, 2024: 5). Las trabajadoras negras tejieron relaciones entre sí, actuaron colectivamente como una forma de sobrevivencia y de resistencia colectiva. En Cuba encuentro una situación similar aunque, de manera singular en la industria del despalillo, la experiencia no estuvo tan estrictamente dividida en líneas raciales.

Teniendo en cuenta esta mirada sobre el mito de la democracia racial y el papel de las trabajadoras negras en su cuestionamiento, estas reflexiones se centran en las experiencias sucedidas entre la promulgación de la Constitución de 1940 que recogió a nivel legislativo muchas de las expectativas de las capas populares que se movilizaron desde 1933 y los últimos años de la década de 1940, cuando los comunistas pierden el control de la Confederación de Trabajadores de Cuba (en adelante, CTC); inician las purgas anticomunistas y la violencia política la cual, en el contexto global de Guerra Fría, afecta a las despalladoras del tabaco y las obliga a generar otras estrategias de organización. Sobre el contexto político de estos años, es preciso señalar que – en medio de ciclos económicos de crisis y recuperación económica –, hubo una reconfiguración de varias fuerzas sociales que confluyeron en la demanda por una “regeneración de la República” frente a la dependencia del capital extranjero: emergió una nueva burguesía empresarial organizada en torno a grupos de interés económicos; trabajadores y trabajadoras lograron organizar las primeras centrales obreras y sobresalieron varias agrupaciones feministas (Pérez, 1988: 245-265).

El descontento social de estos actores aumentó frente al gran impacto que tuvo en Cuba la crisis mundial de 1929 (McGillivray, 2015: 308-346): la sociedad insular fue sacudida por grandes huelgas entre 1929 y 1933; la suspensión de las garantías constitucionales por la dictadura y la proliferación de nuevos grupos opositores de una gran diversidad ideológica (el ABC de corte fascista, el Partido Socialista Popular, por ejemplo) que confluyeron con viejas fuerzas políticas (como el Partido Liberal y el Partido Conservador). Esto implicó que la caída de Gerardo Machado fuera protagonizada por sectores políticamente diversos que tuvieron un impulso revolucionario importante en términos de, por ejemplo, la legislación o la renegociación del Tratado de Reciprocidad con los EEUU, pero generaran inestabilidad política. La Revolución dio paso a la represión de nuevas huelgas generales como la de 1935 y, de allí, a un programa de reformas que contuvo momentáneamente las raíces del descontento social hasta que, en el clima de lucha anticomunista de la Guerra Fría, planteó una nueva faceta del conflicto social (Pérez, 1988: 276-288).

Abordo estos asuntos en tres momentos: primero, analizo este oficio en relación con las condiciones materiales en que se realizaba reflejando el peso del lenguaje de clase, las marcas raciales y de género; segundo, a partir de los itinerarios individuales de Inocencia Valdés, Teresa García y Amparo Loy explico cómo fueron las conexiones entre la fábrica, el sindicato y el Partido frente a una identidad colectiva de clase, racializada y marcada por el género y, tercero, reflexiono sobre este proceso identitario frente a la violencia política, las purgas anticomunistas en los espacios sindicales desatada hacia finales de la década del cuarenta y las posturas de las despalladoras negras ante estas circunstancias.

1. El oficio: marcas raciales, de clase y de género

En la etnografía sobre Amparo Loy realizada por el sociólogo Jorge Calderón en los años setenta ella recordaba: “donde nació yo no era un solar, sino que era como una casa de vecindad. Todo el mundo se trataba igual, blancos y negros. Se trataban como familia” (Calderón, 1970: 41). Sin embargo, cuando hace la memoria de sus vecinos, la descripción de cada uno iba acompañada de un apelativo racial: había una española despalladora, un carpintero “blanco” y la comadre de su madre, “mulata y planchadora de trenes de lavado” (Calderón, 1970: 42). Esa ambigüedad de una aparente igualdad racial expresada en las relaciones sociales, paralela la caracterización de los sujetos bajo un criterio racial de manera recurrente, atraviesa la construcción sexual y racial del oficio en aspectos estructurales y discursivos.

El despallillo consistía en la hábil extracción del tallo de las hojas de tabaco y era un paso fundamental para la elaboración de habanos y cigarrillos. Fue un oficio de hechura manual, articulado a una forma de organización industrial del proceso productivo: hacía parte de una serie de labores que terminaba con el torcido de tabaco, la puesta de sus respectivos anillos de famosas marcas y el empacado en cajas llamativamente decoradas. En toda esa cadena había una división sexual del trabajo y una especialización de los oficios que se fue consolidando desde las últimas décadas del siglo XIX. Durante la primera mitad del siglo XX, el despallillo se concebía como un oficio propio de las mujeres, contrariamente a lo que sucedía con el torcido del tabaco, representado como un trabajo de hombres. Además, era ejercido mayoritariamente

por trabajadoras consideradas “cubanas blancas”: en el Censo de 1943 se contaron 991 “cubanas de color”, 3.565 “cubanas blancas”, 34 “extranjeras blancas” y 3 “extranjeras de color” en la Provincia de La Habana². El término “de color” era una categoría racializada que aparece compulsivamente en todos los censos de población realizados durante la primera mitad del siglo XX, por lo tanto, emerge como una distinción central desde la perspectiva Estatal en su interpretación de la sociedad cubana³.

Aunado a ello, en el Censo de 1943 aparece una distinción entre oficios calificados y no calificados a partir de la cual podemos inferir el peso de lo racial en el mundo del trabajo: las mujeres negras tenían una presencia mayor en oficios como la lavandería de servicio doméstico y no doméstico (780 frente a 312 “cubanas blancas”); mientras que las cubanas blancas eran mayoría en oficios como la modistería, el bordado y la costura (6.199 frente a 115 “cubanas de color”). En la industria del tabaco, las cigarreras, por ejemplo, se ubicaron entre las trabajadoras calificadas y dentro de ese grupo las “cubanas de color” representaban tan sólo el 22.3% en la provincia de La Habana. Sin embargo, la consideración de *no calificado* no se correspondía con los saberes y habilidades que se requerían para el oficio, sino con el peso de las diferencias de género y raciales sobre la consideración social del despalillo, con consecuencias materiales para las trabajadoras. Sobre las mujeres negras en general, Manuel Ramírez Chicharro señala que,

...las mujeres afrocubanas padecieron los efectos de la descolonización característicos de las naciones que habían abolido el sistema esclavista: gran número de mano de obra desocupada, emigración desde el campo a la ciudad, inadaptación e incapacidad para integrarse en el mundo urbano, bajo índice de alfabetización, empleos precarios y mal remunerados que requerían escasa cualificación, incapacidad de articularse como colectivo, mediante asociación o partido político, e imposibilidad de promocionar en la escala social (2014: 822).

El que el despalillo haya sido considerado un oficio no calificado pese a que las mujeres negras no fueran la gran mayoría, quiebra un poco la tendencia que había en otros oficios, lo cual no soslaya que la cuestión racial no haya sido importante, todo lo contrario. De acuerdo con Bárbara Weinstein, las diferencias raciales y de género no sólo nos hablan de las historias de las personas afrodescendientes y de las mujeres específicamente pues, en la medida en que son categorías relacionales, también dan cuenta de cómo lo que está en el margen representa lo que una sociedad pone en el centro: en este caso, el lugar de lo racial y de la diferencia de género en la construcción de una identidad de clase compartida en un oficio cuya importancia económica no se correspondió con su consideración social (2000: 73-91).

En efecto, y como bien señala Olga Cabrera, al despalillo acudían mujeres blancas y negras, pero en las fábricas importantes, como las que había en La Habana, se tendía a aceptar más a las blancas y había, aunado a ello, diferentes condiciones materiales: en las fábricas grandes era más probable que fueran exitosos los acuerdos sindicales logrados desde la Revolución de 1933 para la garantía de tarifas y de salarios que en los pueblos pequeños y del interior, en donde probablemente el número de mujeres negras era mayor y solían trasladarse los talleres de un lugar a otro buscando abaratar la mano de obra (1989a: 153-154). Luis Pérez Rey, periodista del diario *Noticias de Hoy* –órgano del Partido Unión Revolucionaria (nombre que tenía por entonces el Partido Comunista)–, señalaba la gravedad de la diseminación de talleres entre las provincias de Pinar del Río, La Habana y Las Villas generando una “competencia desleal” y, de paso:

Tomando como base la división de las despalilladoras por regiones y por pueblos, los patronos las ponen en pugna y llevan a cabo constantemente los traslados, los cierres de talleres, los cambios de nombre, para mantenerlas sometidas. De ahí que, por esta y otras

² República de Cuba (1943): *Censo de 1943*, La Habana: P. Fernández y Compañía, p. 1120.

³ Los censos se realizaron para los años 1899, 1907, 1917, 1938, 1943. Los dos primeros durante momentos de intervención militar de los Estados Unidos en la Isla y el resto en diferentes momentos de la República. En 1947 se realizó un censo de obreros de la industria del tabaco en el que también aparece la categoría “de color”.

razones, toda demanda de las despalilladoras corre el peligro de perderse, aún después de conquistada, si no hay garantías suficientes para su cumplimiento, y si estas garantías no van al fondo verdadero del problema⁴.

Las diferentes condiciones materiales que podían tener las despalilladoras, no obstante, no se basaban en distinciones raciales tan radicales como ocurría años atrás en Carolina del Norte, en los Estados Unidos, en donde los oficios tabacaleros eran considerados “trabajo de negros” y las trabajadoras blancas asumían algunas labores que se consideraban menos “sucias” como la inspección y el empaquetado del tabaco (Jones, 1984: 441). Llama la atención que una empresa como la American Tobacco Company (en adelante, ATC) que funcionaba en ambas latitudes —y en Cuba había llevado a cabo un proceso de concentración de fábricas y de vegas (tierras en donde se cultiva el tabaco)—, organizaba el proceso productivo de acuerdo con el tipo de distinciones raciales que había en cada sociedad: si en los Estados Unidos la ATC reproducía la política de segregación impidiendo que las trabajadoras generaran lazos entre sí por las distinciones raciales, en Cuba no había tal segregación, pero sí la descalificación generalizada del oficio afectando a las despalilladoras blancas y negras que lo ejercían (Jones, 1984: 443).

La orientación de la industria hacia la exportación convirtió al despalillo en un oficio estratégico para la economía tabacalera, pues la extracción del tallo permitía que saliera de Cuba una mayor cantidad de esta materia prima con menos peso y menos impuestos. Pese a la crisis causada por la saturación de tabaco en rama en el mercado y por el cierre de los mercados europeos durante la Segunda Guerra Mundial, había una tendencia al aumento de las exportaciones del tabaco en rama del 10% al 80% entre 1936 y la inmediata posguerra (Stubbs, 1989b: 380). Esto trajo consigo la disminución del precio del tabaco permitiendo que compañías como la Duys de 1935, la Rothschild-Samuels-Duignan de 1938 y la US General Cigar adquirieran extensas vegas y talleres de despalillo (Stubbs, 1988a: 253; Stubbs, 1989b: 381) afectando en términos salariales a las despalilladoras.

Según el *Primer Censo Obrero de la Industria Tabacalera* de 1947, las despalilladoras representaban el 53.6% de todos los trabajadores tabacaleros⁵. Pese a ello, se trataba de un oficio inestable, por temporadas, pagado a destajo, que solía complicar la sobrevivencia de las obreras. En un reportaje de *Noticias de Hoy* sobre Santiago de las Vegas —un pueblo de tradición tabaquera cercano a La Habana— se mencionaba que en 1948 el Taller Capitolio hacía once meses que se encontraba cerrado, afectando a 327 despalilladoras y sus familias. Una de las despalilladoras entrevistadas exclamaba:

Hace casi un año ya que estamos sin trabajo, y a pesar de que se ha alegado que no hay materia para trabajar, nosotros no creemos que esto sea realidad. [...] La verdad es que el cierre del taller ha sido una burla, sobre todo con el contrato de trabajo establecido, la patronal se comprometió siempre ha mantener abierto el taller Capitolio antes del que existe en Bejucal, que es dependencia de éste⁶.

Si bien en ese momento de enfrentamientos ideológicos al interior de la Confederación de Trabajadores de Cuba (en adelante, CTC) creada en 1939, llevó a que el reportaje acusara a uno de los bandos, esta situación de paro y de especulación con la apertura o cierre de talleres era una permanencia de la historia del oficio de décadas atrás. Algunas de las despalilladoras entrevistadas, como Ofelia López y Rosalina Hernández, eran mujeres negras. En el discurso de la prensa, sin embargo, la lectura de su situación de precariedad era presentada con un lenguaje que ponía en el centro las diferencias de clase (ver Figura 1). Si bien esto podía ocultar formas específicas de diferenciación social como las raciales que operaban dentro de un mismo oficio, la centralidad de la clase también tenía que ver con la experiencia misma de las obreras al aprender a despalillar hojas de tabaco.

⁴ *Noticias de Hoy*, 21.04.1943.

⁵ Comisión Nacional de propaganda y defensa del Tabaco Habano (1947): *Primer censo de obreros de la industria tabacalera*, La Habana, p. 7.

⁶ *Noticias de Hoy*, 14.11.1948.



Figura 1. Foto reportando la situación de las despalilladoras de Santiago de las Vegas en *Noticias de Hoy* de 1948⁷.

En otras palabras, la experiencia de clase que sustentaba ese modo de narrar el oficio – naturalizado como “femenino” –, solía ser heredada de una generación a otra y eso incidía tanto en el aprendizaje del oficio, sus formas de socialización, como en el tipo de solidaridades que se tejían entre ellas. Así lo constataba la síntesis biográfica escrita por Sara Pascual para *Noticias de Hoy* de Julia Rodríguez hacia 1950, relatando que:

A los 13 años iba Julia con su prima al barril a iniciarse en el oficio donde libran su sustento miles y miles de mujeres cubanas. Siguió para ello el procedimiento usual en las obreras que se adiestran para despalilladoras. [...]. No cobró jornal hasta que pudo hacerse cargo de una tarea. Después de trabajar en Cuesta y Rey, Julia Rodríguez entró en el Siboney donde trabajó 9 años. La trayectoria de su vida familiar es común a la de muchas mujeres que trabajan en esa industria⁸.

En efecto, la incursión de las despalilladoras al oficio y el modo de aprendizaje era algo que una “cubana blanca” – bajo la mirada de los censos cruzada con la fotografía que acompaña el reportaje – compartía con una mujer negra como Amparo Loy, quien también mencionaba: “...el trabajo que más me gusta es el de despalilladora, porque es un trabajo colectivo y familiarizado”. De una manera similar a Julia Rodríguez, Loy aprendió el oficio cuando comenzó a acompañar a su hermana Elvira, quien a su vez inició como aprendiz en una fábrica a la que llegó recomendada por dos vecinas despalilladoras que eran madre e hija (Calderón, 1970: 118). Esta cercanía derivó en la generación de redes de apoyo, incluso en los momentos más difíciles de la vida: por ejemplo, según reportaje de *Noticias de Hoy*, el Sindicato de Despalilladoras de La Habana acompañó el multitudinario sepelio de la dirigente Haydée Valdés expresando su “inquebrantable unidad [...] por cuya cohesión y fortaleza estuvo preocupada hasta el instante de su muerte la compañera desaparecida”⁹.

En la prensa obrera que describía la presencia de las despalilladoras en diferentes plataformas político-sindicales de los años cuarenta, se da cuenta de esa identidad de clase colectiva mientras que hay un esfuerzo por narrarlas desde el crisol del lenguaje de clase. No era casual que el sepelio de Haydée Valdés se interpretara como un acto demostrativo de la unidad que debían tener las despalilladoras sindicalizadas. Por ejemplo, en la recopilación documental

⁷ *Noticias de Hoy*, 14.11.1948.

⁸ *Noticias de Hoy*, 4.02.1950.

⁹ *Noticias de Hoy*, 13.03.1943.

de Evelio Tellería sobre los documentos políticos de diferentes eventos obreros, en la CNOC (Confederación Nacional Obrera de Cuba, articulación anterior a la CTC), una parte de las reivindicaciones usuales se expresaban en ese lenguaje de clase para cada actor específico del mundo del trabajo. Se planteaba:

La Confederación Nacional Obrera de Cuba, no reconoce diferencia alguna basada en la raza, nacionalidad, edad o sexo; lucha por salario igual por trabajo igual para las mujeres, jóvenes y negros; por la abolición del trabajo infantil; contra toda forma de discriminación de los obreros negros y por su igualdad absoluta; y trabaja por organizar en su seno a las obreras, jóvenes obreros y a los obreros negros, (Tellería, 1984: 264-266).

En este lenguaje de clase que heredará la CTC había un lugar concreto para la discriminación racial y la de género, pero no aparecerá la discriminación específica hacia las mujeres negras. Esas grietas del discurso no niegan que las experiencias compartidas aportaban a una identidad de clase de manera colectiva, pero tampoco deberían obviar que no se trataba de un conjunto homogéneo en términos raciales o en cuanto a posiciones políticas. La heterogeneidad de las despalilladoras como actor colectivo también se explica porque sus ambientes laborales eran diversos –talleres para la exportación, talleres de fábricas, pequeños talleres o labores adjuntas a las vegas en zonas rurales – y fue, en la articulación a algunas plataformas políticas y sindicales de los años cuarenta, cuando las encontramos trascendiendo las fronteras del lugar del trabajo.

El despalillo no fue ajeno a las tensiones raciales que había en la sociedad cubana, tanto de manera estructural con la cuestión de la no calificación, como en las historias de las trabajadoras negras. Ellas compartían un pasado no tan lejano de esclavitud, pues esta se abolió oficialmente hacia 1886, aunque fue un proceso gradual, que implicó por parte de la población afro cubana reiteradas reafirmaciones de su libertad como han señalado Rebecca Scott (2005) y Michael Zeuske (2002), entre otros autores. Por ejemplo, Amparo Loy tenía muy presente el recuerdo de su abuela, una mujer traída a Cuba en condición de esclavitud:

Me cuenta que ella se llamaba, en castellano, Elvira Hierro, por los amos de ella, pero que en lengua se llamaba Faoré, y que esos dueños de ella no eran malos, en el sentido, que le enseñaron a trabajar, a planchar, a lavar y a cocinar, a ponerse medias y a ponerse zapatos, y la enseñaron también a hacer oraciones porque eran católicos. [...] Mi pobre abuela pasó mucho trabajo, a pesar de que dio con una buena familia, pero no dejó de ser esclava. Eso lo llevo yo en mi alma, y quiera, con mis manos, romper lo que se llama esclavitud (Calderón, 1970: 23).

La abuela hizo parte de la última generación de esclavos, la madre de los primeros años republicanos y Amparo Loy vivió entre la República y el momento revolucionario. Su mirada hacia ese pasado de esclavitud tiene la influencia de una experiencia de vida que vivió dos revoluciones entre 1933 y 1959, y en las cuales hubo diversas manifestaciones en contra del racismo, aunque con distinto alcance. Pese a esa herencia compartida, estos términos raciales tampoco implicaban trayectorias iguales para las mujeres negras en la industria tabacalera. Las historias de Inocencia Valdés, Teresa García y Amparo Loy no fueron las más típicas, porque su papel de militantes y dirigentes sindicales le dieron otro sentido a la cotidianidad del oficio, pero iluminan varios asuntos sobre el lugar de la distinción racial en ese proceso particular de formación de la clase obrera tabacalera.

2. Militancias de las despalilladoras negras: entre la fábrica, el Sindicato y el Partido

Inocencia Valdés se había iniciado en el oficio del despalillo desde niña en el sur de la Florida, cuando su familia huyó de la Guerra de los Diez Años entre 1868 y 1878. En los Estados Unidos, como señalan varios autores, fue secretaria del Club Mariana Grajales que apoyaba la causa independentista liderada por José Martí. A la vuelta del siglo, hacia 1918, aparece como líder del Gremio de Despalilladoras de La Habana (nombre que antiguamente tenía el Sindicato) y sobresale como una voz importante en los Congresos Nacionales de Mujeres de 1925 y de 1939

(Brunson, 2021: 122; Padrón, 1972:2, 22; Stubbs, 1988a: 267). Desde los años treinta y cuarenta es mencionada en la prensa como activa militante obrera y feminista asociada a organizaciones como la Unión Radical de Mujeres; la Federación de Trabajadores de La Habana; la CTC y la Unión Revolucionaria Comunista (que a partir de 1944 sería el Partido Socialista Popular, pero que, para evitar confusiones llamaremos en adelante, el Partido), siempre a nombre del Sindicato de Despalilladoras de La Habana.

Las pocas huellas que sobrevivieron de sus discursos, así como la representación sobre su historia en la prensa obrera, articulan dos retóricas muy presentes en los años cuarenta, con raíces en las última década del siglo XIX y los comienzos del XX: por un lado, el nacionalismo revolucionario, una fuerte corriente ideológica gestada durante las tres guerras por la independencia en el siglo XIX con la que se identificaron obreros y obreras del tabaco articulándola a su cultura de clase; y, por otro la interpretación, desde el lenguaje de la clase, sobre la realidad social y política del país y de las despalilladoras. Como ha señalado Jorge Ibarra Cuesta, aunque a menudo se discute la mirada antirracista del nacionalismo revolucionario originado en el mambisado, lo cierto es que en las guerras por la independencia sí hubo una integración étnico-racial en los batallones: pese a ello, durante la República se concibió que "...la movilidad social del negro dependía en el discurso republicano, de su superación cultural" (2009: 290-296). De manera aguda, este autor señala que el nacionalismo revolucionario implicó cierta aceptación del mito de la democracia racial por parte de los afrocubanos en tanto que:

...prevalecía la convicción de que no debían formularse demandas de carácter racial que pudieran poner en peligro sus vínculos históricos con el blanco, la unidad de los grupos raciales de la comunidad histórica nacional. Lo que no significaba que los cubanos negros hubieran dejado de pensar como negros [...] sino que formulaban en la coyuntura que vivían tan solo demandas raciales que no afectaban a la unidad de los grupos étnicos (Ibarra, 2009: 297).

Es decir que a la lectura de las experiencias de mujeres como Inocencia Valdés en el lenguaje de clase, se sumaba el lenguaje nacionalista, por lo cual su historia se había vuelto en sí misma una referencia importante para los tabaqueros. A menudo la referencia a su conexión con el Apóstol – como llamaban a José Martí – servía para conectar el movimiento obrero con un ideal nacionalista en el que cabían los cubanos de todos los colores, sobre todo cuando las demandas contra la discriminación racial era una de las banderas electorales más importantes del Partido (De la Fuente, 2014: 279). En consonancia con ello, entre las décadas de 1930 y 1940 hubo un intenso debate intelectual y partidista, en el cual el Partido se destacó por plantear que la superación de la discriminación sólo se daría una vez se superara al sistema capitalista. En las diatribas de revistas culturales como *Adelante* o *Nuevos Rumbos*, por ejemplo, se mencionaba una y otra vez a la figura de Antonio Maceo para resaltar la ilegitimidad del racismo (Fernández, 1994: 134-163).

En la década de 1940, Inocencia Valdés – o la “Niñita” como le decían de cariño, quizás por su apariencia física de baja estatura y complexión delgada – era una despalilladora de avanzada edad con una experiencia de vida que conectaba dos siglos y varias vivencias en la militancia sindical y comunista. Entre 1942 y 1944, es decir, en pleno apogeo de la influencia comunista en la CTC, se reportaron varios homenajes a Inocencia Valdés en los cuales se le llamaba “heroica mambisa”, “recluta de hoy”, “recluta de honor” o “activa dirigente sindical” “a pesar de su ancianidad” y se le incluía en la terna de personajes históricos de la lucha comunista como cuando se la incluyó en la “mesa de edad”, una especie de órgano consultivo en algunos procesos asamblearios desarrollados en el marco del Partido como se ve en la Figura 2¹⁰

¹⁰ *Noticias de Hoy*, 3.11.1942.

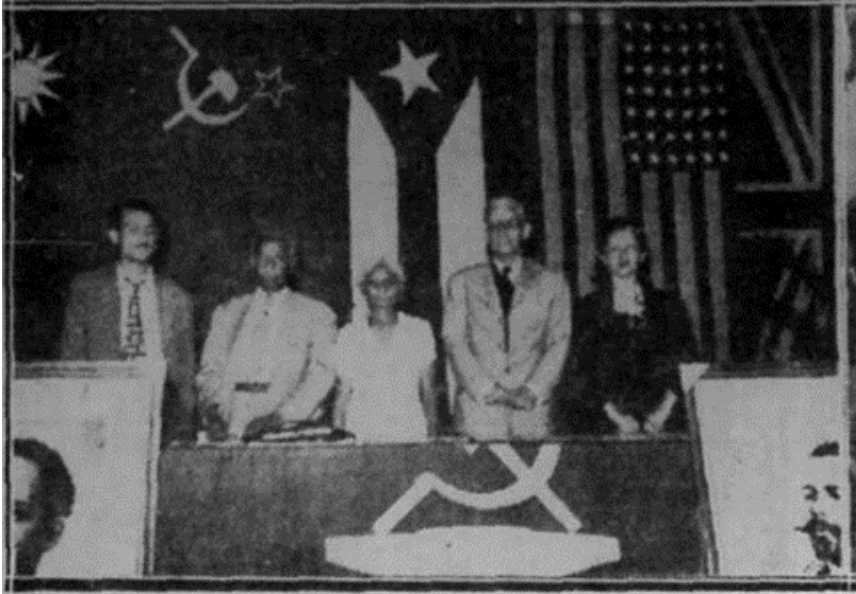


Figura 2. Fotografía de Inocencia Valdés en el centro de la mesa de edad de la Unión Revolucionaria de Cuba en 1943¹¹.

Estos homenajes tenían un marcado discurso patriótico en los cuales se destacaban algunas agrupaciones de mujeres que aludían a la lucha antifascista y a la conformación de Frentes Nacionales en el contexto de la Guerra Civil Española, como el Cuerpo Femenino de Defensa Civil o la Asociación Pro Enseñanza de la Mujer, la cual estaba a cargo de la militante comunista negra Nila Ortega Casimiro. Enlazando distintos momentos de la lucha independentista del siglo XIX, el auge del nazismo y del fascismo fue a menudo leído en términos nacionalistas, con implicaciones raciales. Por ejemplo, en una de las notas de prensa se describía:

Seguidamente consumió un turno el doctor José Fresneda a nombre del Frente Antifascista, el cual hizo un parangón entre la gesta libertadora del 68 y del 95 y de la hora de ahora, señalando que los frentes de hoy son amplios, ya que tenemos que guerrear contra la quinta columna, los espías, los especuladores y los “demócratas” que encumbren al verdadero enemigo¹².

Otros actos tenían como objetivo sumar votos a las elecciones de alcance municipal: por ejemplo, en 1944 se reportaba un homenaje a Inocencia Valdés y otros dirigentes tabacaleros que se habían postulado como representantes y concejales (como en el caso de Valdés) del Partido por La Habana, que incluía espectáculos deportivos y artísticos en los famosos jardines de la Cervecería “La Polar” de la capital¹³. No obstante, el nacionalismo revolucionario suscitado en torno a la historia de Inocencia Valdés y lo simbólica que resultaba su figura para una cultura obrera que iniciaba su propia narrativa como clase en su apoyo a las guerras por la independencia del siglo XIX, no enlazaba explícitamente su triple subalternidad racial, de clase y género. En el ámbito de la militancia feminista, el Congreso Nacional de Mujeres de 1939 se propuso por primera vez como parte de la agenda varias conferencias que discutían específicamente el

¹¹ *Noticias de Hoy*, 28.12.1943.

¹² *Noticias de Hoy*, 9.10.1942.

¹³ *Noticias de Hoy*, 24.03.1944.

problema de la mujer negra en Cuba y la discriminación hacia ella como un asunto a transformar. En el evento participó Inocencia Valdés, junto con Teresa García y la importante líder del Partido, Esperanza Sánchez Mastrapa (Brunson, 2021: 128). En vísperas de la Constitución de 1940, Valdés declaraba ante el periódico *Noticias de Hoy* que este nuevo marco legal debía tener en cuenta las voces de mujeres, negros y trabajadores (Brunson, 2021: 136)¹⁴.

Comunistas de renombre, con los cuales Inocencia Valdés compartió algunos eventos como Juan Marinello plantearon, en efecto, que la discriminación racial era el principal obstáculo para que la igualdad fuese una realidad en la Constitución de 1940. Fue una postura distinta a la de otros partidos de derecha y cercanos al fascismo como el ABC, que negaban la existencia del racismo al plantear que este había desaparecido en la manigua, en donde blancos y negros lucharon por la independencia hombre a hombre (De la Fuente, 2014: 274). Al inicio de los años cuarenta, los comunistas alcanzaron cierto éxito electoral cuando su Partido se posicionó como el defensor de los negros y de los obreros – términos a menudo yuxtapuestos –, y lograron que otros partidos tuvieran que declarar su postura frente a asuntos que se mencionaban con frecuencia conectados como la discriminación, el derecho al trabajo y la cuestión ciudadana (De la Fuente, 2014: 279-280).

Si Inocencia Valdés representaba esa mirada de nación desde los espacios sindicales y partidarios, mujeres como Teresa García hacían eco de la disciplina sindical tan característica de la cultura obrera tabacalera y, específicamente desde los años cuarenta, de la manera en que los obreros negociaban con el Estado sus demandas a partir del marco legal construido alrededor de la Constitución de 1940. Sobre la disciplina sindical, por ejemplo, en un número de *Noticias de Hoy* se exaltaba que Teresa García había ayudado a dirimir un conflicto entre despalilladoras dándole prioridad a la unidad obrera. Se señalaba que el incidente conllevó una “corrección disciplinaria impuesta por el Comité de Fábrica de ese taller a dos compañeras, ajustándose para ello, en el Artículo 58 del Reglamento, que le da autonomía a todas las Secciones Sindicales, para resolver todos los asuntos interiores de las mismas”. Acto seguido, se exaltaba sobre la intervención de Teresa García más otras despalilladoras mencionadas a menudo como Haydée Valdés y Julia Rodríguez, que actuaron como “trabajadoras conscientes, que no ignoran que el momento que vive el proletariado, exige la más estrecha unidad de nuestras filas, frente a los enemigos abiertos de clase...”¹⁵.

Si bien se entiende que esta aclamación de la disciplina a favor de la unidad sindical hacía parte de una disputa política y electoral del Partido en los años cuarenta, desde décadas anteriores se habían establecido unas prácticas que hacían las veces de guías para la acción no sólo para dirimir conflictos intersindicales, también para la forma en que se interactuaba con el Estado. En efecto, desde los tiempos de la CNOC a comienzos de los años treinta, el mundo obrero cubano se había organizado por sindicatos que unían a varias secciones sindicales de fábrica, las cuales podían ser fábricas propiamente dichas, talleres, ingenios, plantaciones etcétera. Al interior de esas secciones sindicales había un Comité de Fábrica, “...órganos de frente único, elegidos por los obreros organizados y no organizados” (Tellería, 1984: 255-256).

Teresa García seguramente conocía bien esta estructura, dado que aparece constantemente relacionada con estas plataformas sindicales. Por ejemplo, en el acto de constitución de la CTC celebrado mediante el congreso obrero del 29 de enero de 1939, aparece como uno de los vocales electos. Luego, en ese mismo año – cuando Vicente Lombardo Toledano visita la CTC en Cuba en el proceso de creación de la CTAL (Confederación de Trabajadores de América Latina) –, Teresa García hace parte de la delegación que visita México (Tellería, 1984: 304). Entre finales de los años treinta hasta bien entrados los años cuarenta, su nombre aparece en las planchas de los comités ejecutivos de diversos espacios: como secretaria general del Sindicato de Despalilladoras de La Habana hacia 1946, como Secretaria de Finanzas y Secretaria de Propaganda a nivel nacional de la CTC o como delegada para la asamblea constituyente por el Partido hacia 1943 por la Provincia de Matanzas, entre otras muchas menciones¹⁶.

¹⁴ Mencionado por Takkara Brunson sobre una nota periodística de 1938.

¹⁵ *Noticias de Hoy*, 08.05.1941.

¹⁶ *Noticias de Hoy*, 07.09.1943.

Las pocas huellas que tenemos de su voz, tienen que ver justamente con las demandas obreras hacia el Estado, defendidas con la retórica de los derechos. Por ejemplo, en su pronunciamiento sobre la crisis por la que atravesó el Seguro de Maternidad Obrera comentaba que:

...ni los trabajadores ni la mujer obrera pueden permanecer indiferentes. La construcción del Hospital Provincial de Maternidad de La Habana, que ha costado cerca de \$800.000 –a pesar de que fue presupuestado en \$400.000–, fue hecha sin tener en cuenta para nada la opinión reiterada de los trabajadores y sus organizaciones más representativas, quienes hubieron de plantear la necesidad de crear Salas de Maternidad en los pueblos del interior de la Provincia, y creches en los barrios obreros, en vez de exponer – como se ha hecho –, la estabilidad del seguro en obra tan excesivamente costosa¹⁷.

Esto se correspondía del trabajo del Partido hacia afuera, pero su trabajo en el sector del despalillo era, sobre todo, hacer el puente entre la fábrica, el sindicato y el Partido procurando subsanar una vieja preocupación: tener un mayor control sobre el proceso productivo como, por ejemplo, sobre el momento en el cual los capataces pesaban lo que se despalillaba para calcular cuánto sería el pago a las obreras. Esto emergió en el testimonio de Amparo Loy al recordar cómo conoció a Teresa García en el taller de El Siboney de la fábrica La Corona:

Ella fue con la idea no de trabajar, sino de irse filtrando para poder organizar el sindicato allí. Cuando Teresa llegó dijo: «Chica, mira, aquí no se puede trabajar así, porque [...] si entra tabaco de más en la pesa, es el patrón el que gana. Hay que organizar esto para poner mujeres responsables en la pesa y cuidar los intereses del taller, pero también los intereses de las trabajadoras» (Calderón, 1970: 197).

Desde 1936 se organizó en ese taller el Comité de Fábrica filial al Sindicato, con la influencia del Partido logrando mantenerse por diez años consecutivos (Calderón, 1970: 198). Era quizás uno de los talleres más grandes de La Habana: tenía alrededor de setecientas mujeres que se repartían el trabajo por temporadas, en jornadas de más de 14 horas. Según el relato de Amparo Loy, el Partido se había organizado de tal manera que cubría lo que las dirigentes del Sindicato dejaban de trabajar mientras ocupaban su tiempo en diferentes actividades de propaganda, ya fuera al interior de las fábricas o en los barrios en los que vivían como, en su caso, Las Yaguas, un populoso sector de La Habana con altos niveles de pobreza. Esto significa que, en otras palabras, en los años cuarenta la militancia comunista se involucró en la lucha por el control del proceso productivo que las despalilladoras tenían desde finales del siglo XIX. Amparo Loy describía, con lujo de detalles que:

Cuando la fábrica trabajaba, teníamos que meternos el Comité de Fábrica a las tres o a las cuatro de la mañana a organizar los bancos, organizar el material, unos sacos que se ponían, y ya a las ocho, teníamos que tener todos esos barriles cubiertos de su material. Los dependientes que pertenecían al Partido y nosotras organizábamos ese taller. No con todos los hombres se podía organizar ese trabajo en un taller donde eran muy oportunistas para cualquier cosa (Calderón, 1970: p. 197).

Para Amparo Loy, el Partido también era disciplina sindical y solía recordarlo como una agrupación política que le había permitido, de alguna manera, acceder a ciertas formas de educación y a ganar cierta experticia a la hora de tratar con capataces, industriales y otros obreros. En ocasiones las directrices del Partido entraban en contravía con la religiosidad popular, por ejemplo, cuando narraba: “el día de Santa Bárbara es un día grande para mí, porque dicen que ése es el Ángel de mi Guardia, pero cuando yo estaba de activista en el Partido, ni me acordaba de eso” (Calderón, 1970, p. 85). En ese sentido, el papel de mujeres como Amparo Loy para llegar a ciertos sectores de La Habana en los años cuarenta fue muy importante.

¹⁷ *Noticias de Hoy*, 01.10.1941.

Pese a que los testimonios de estas tres mujeres negras son de distinta naturaleza, pues de Inocencia Valdés y Teresa García tenemos noticias en la prensa obrera mientras que de Amparo Loy tenemos un relato etnográfico, encontramos que la reflexión sobre la discriminación racial estaba presente, pero subyacía al lenguaje de clase a través del cual ellas interpretaban su papel político en el Sindicato y en el Partido. En la prensa obrera los tópicos que encontramos relacionados solían ser: la cuestión de la mujer obrera, por un lado, y la cuestión de los obreros negros por otro, sin especificar la singular experiencia de dominación y de resistencia de las obreras negras.

Al respecto Takkara Brunson señala que, el proceso mediante el cual las organizaciones feministas y las de los trabajadores adoptaron una mirada crítica hacia la triple discriminación de las obreras negras por su lugar de clase, de raza y de género fue gradual y se aceleró con la politización que permitió el ciclo revolucionario que se abre en 1933 y que en los años cuarenta adquiere un carácter constitucional (2021: 122). Según esta autora, la participación de Inocencia Valdés en el Segundo Congreso de Mujeres de 1925 fue importante para comenzar a descentrar el discurso sobre la feminidad a partir de la experiencia de las feministas blancas de organizaciones como la Alianza Nacional Feminista de corte liberal o la Unión Laborista de Mujeres de corte socialista. En el Congreso de 1939 se reflexionó de manera explícita, como mencioné, sobre las experiencias de mujeres negras y la particularidad de su discriminación, sentando un importante precedente para la alianza feminista interracial que se articuló en torno al proceso asambleario que derivó en la Constitución de 1940 (Brunson, 2021: 122-128).

Conuerdo con que esto fue así en los espacios de interlocución pública, como la prensa obrera. Sin embargo, un relato más íntimo como el de Amparo Loy muestra que esas conexiones estaban presentes en la cotidianidad de la fábrica durante los años cuarenta. Por ejemplo, sobre su propia experiencia señalaba:

Yo doy el brinco al Partido más por racismo. Resulta que hubo una abundancia de trabajo, donde se quedaron cantidad de barriles desocupados y metieron a un grupo de blancas, y entonces se quedó sola en la calle la negra Teresa García, a la que no conocía ni como comunista ni como trabajadora. Me arrebaté, dije si era cuestión de raza, que por qué si esa señora venía con el grupo de blancas, la dejan a ella sin trabajo habiendo todavía lugar para que ella trabajara, que eso era criminal. [...] La misma Teresa García por el tipo parecía una mujer bruta, tosca, pero cuando esa señora se paraba a hablar en una tribuna había que oírla porque era una abogada, porque el Partido, en ese tiempo, se concretó a educar a su personal (Calderón, 1970: 175).

En esta narración se destaca cómo el lenguaje de clase servía a Amparo Loy para ubicar como injusta una situación de discriminación racial, aunque expresando, al tiempo, algunos estereotipos raciales en la asociación de características físicas con condiciones intelectuales en su descripción de Teresa García. El testimonio de Amparo Loy señala otra dimensión de la experiencia de las despalilladoras negras, y es la mirada de una obrera “de base” que tenía un pie en la militancia comunista en el Sindicato y otro en los espacios barriales.

Ahora bien, en la formalidad de la militancia comunista, el papel de las despalilladoras negras fue significativo, pero no dejó de estar al margen: ocupaban cargos auxiliares en el Partido o en la CTC. Una característica de los gremios de despalilladoras, devenidos sindicatos, encontrados a lo largo de medio siglo, era que tenían muchas dificultades para sostenerse en el tiempo y su grado de autonomía se veía limitado por la actitud paternalista de otros colectivos de trabajadores como los torcedores de tabaco. No obstante, la imagen de Inocencia Valdés en el centro de esa fotografía y en otras que fueron publicadas en *Noticias de Hoy*, no deja de ser sumamente dicente sobre cómo ellas leyeron sus posibilidades de acción. En este sentido, es clave el rol del Sindicato de Despalilladoras de La Habana.

Resulta sorprendente que en 1946 se repitieran varios nombres de la junta directiva de 1938 como los de María Luisa Lugo, Esperanza Sariego y Caridad Díaz, además de Valdés, García y

Loy, quienes militaban abiertamente en las filas comunistas¹⁸. En 1946 el Gremio se convirtió en Sindicato de Despalilladoras de La Habana, lo cual no era un cambio menor puesto que el Gremio guardaba reminiscencias de las antiguas sociedades de artesanos organizadas por oficios, mientras que los primeros sindicatos aparecieron en Cuba bajo la influencia del anarcosindicalismo en la década de 1920 (Cabrerá, 1985b; Sánchez, 2008). Su persistencia en el tiempo también tuvo que ver con las alianzas que el Sindicato estableció con el Partido, cuando este último se reorganizó como Partido Unión Revolucionaria (PUR) en 1937 y como Partido Socialista Popular (PSP) a partir de 1944.

En efecto, como señala Jean Stubbs, las despalilladoras habaneras venían de un proceso de centralización sindical en el que habían organizado una Federación Nacional de Despalilladoras en 1930 y en la década que me ocupa habían alcanzado las tasas más altas de sindicalización en toda la industria, hasta del 90% (Stubbs, 1988a: 263). En este escenario fue que se gestó la articulación con otras plataformas políticas para la demanda y la presión hacia el Estado, a favor de reivindicaciones que venían de décadas atrás pero que aún estaban irresueltas como las tarifas salariales, las amenazas de la mecanización del oficio, el cierre o el traslado de los talleres, generando especulación de los salarios. En los años cuarenta el trabajo fue defendido por las despalilladoras como un derecho que debía garantizar el Estado, con su nuevo marco constitucional. Algunas de ellas venían, como señalé, de tiempo atrás, pero otras surgieron en el proceso de reacomodación de la industria al mercado internacional durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra entre las que estaban la prohibición de la mecanización y la exportación del tabaco sin despalillar. Es decir, a las viejas demandas se sumaron nuevos desafíos que pasaban por tener en cuenta al Estado como un nuevo actor del conflicto entre el capital y el trabajo.

En efecto, como apunta Alejandro de la Fuente, una herencia de la Revolución de 1933 fue el lenguaje político: todos los partidos compartieron la defensa de la nacionalización del trabajo, la soberanía nacional y que todo lo decretado de manera dispersa en los años treinta se sistematizara, como en efecto se hizo, en la década siguiente. La “lucha de clases” era la preocupación de los sucesivos gobiernos: entre 1940 y 1952 llegaron a aprobar más de 450 decretos que regulaban los salarios y, en especial durante el primer gobierno de Fulgencio Batista entre 1941 y 1944, esto se tradujo en un aumento entre el 10% y el 25% de los salarios reales (De la Fuente, 2014: 273, 297).

En 1943, el Sindicato de Despalilladoras de La Habana, articulado a plataformas nacionales como la Federación Tabacalera Nacional (en adelante FNT) y la Confederación de Trabajadores de Cuba —más representantes de agremiaciones como la Unión de Fabricantes de Tabaco—, negoció ante el Ministerio del Trabajo demandas como el aumento de las tarifas a nivel nacional y la creación de comisiones de obreros y patronos para fiscalizar el cumplimiento de la legislación social vigente. Los dirigentes de la CTC, Lázaro Peña y Gonzalo Collado, entre otros, y no ellas directamente, fueron quienes presentaron “...las referidas demandas en nombre de 15.000 obreras despalilladoras de 23 Términos Municipales de la República”¹⁹.

El movimiento de demandas laborales que transcurrió entre 1943 y 1944 salió favorable para las despalilladoras, pues el Ministerio del Trabajo efectivamente decretó un aumento en un 25% en las tarifas a nivel nacional y el “derecho a inspeccionar las pesas y vigilar estrechamente las tareas que son distribuidas”; cambiando el pago por hojas pesadas y no por manojos, el cual era un asunto neurálgico en su lucha por tener un mayor control sobre el proceso productivo de un oficio que se pagaba a destajo. En la noticia que comunicaba este triunfo se expresaba que se había cometido un acto de justicia a favor de “estas humildes obreras” para quienes la FNT era una “...guía certera y capaz del movimiento”. Con un acento paternalista, se insistía en el mantenimiento de la unidad sindical, la cual consideraban estratégica para que los acuerdos expresados en derechos y leyes se tradujeran a la realidad material de las despalilladoras, felicitándolas por

¹⁸ Sobre la Junta Directiva de 1938: *Mediodía*, 01.1938 y Archivo del Instituto de Historia de Cuba, Fondo Inventario de Instituciones y Personalidades, RG/45.3/78, “Circular del Gremio de Despalilladoras de los talleres de despalillo y tabaquería de La Habana”, 11 de enero de 1938. Sobre la Junta Directiva de 1946: *Tabaco*, 01.1946.

¹⁹ *Noticias de hoy*, 07.04.1943.

la celebración de una Conferencia Nacional que reunió Sindicatos de las tres provincias en donde se concentraban los talleres de despalillo: Pinar del Río, La Habana y Las Villas²⁰.

3. Las despalilladoras durante la violencia política y las purgas anticomunistas

Sinceramente, la Revolución para mí fue una cosa nueva. Yo no pensé el desenvolvimiento que traía. Entonces después por su desenvolvimiento que es favorable a mí como mujer, como negra y como trabajadora, me encaucé en ella de cierta manera (Calderón, 1970, p. 217).

En esas palabras, Amparo Loy hacía referencia a lo que había significado para ella la Revolución de 1959, aunque con un poco de nostalgia porque, por razones que no quiso contar, terminó saliendo del Partido antes de ese año. Su mirada sobre este proceso en tanto que sujeto que se identifica como mujer, negra y trabajadora es el resultado de las experiencias vividas especialmente en los años cuarenta, así como de las marcas discursivas sobre las distinciones de género y raza, aún con las ambigüedades que se han señalado. Aunque las notas del periódico *Noticias de Hoy* sobre las negociaciones a favor de las despalilladoras dan la impresión de que estas tenían un papel tras bambalinas, puesto que pareciera que quienes hacían efectivos los acuerdos eran los dirigentes sindicales, lo que se puede observar es que las despalilladoras lideradas por Teresa García, Inocencia Valdés y Amparo Loy tenían una lectura política de lo estratégico que era demandar aumentos de salarios y ganar mayor control sobre el proceso productivo: para ello resultaba importante mantener las alianzas en los espacios de representación obrera que habían ganado fuerza a raíz de su participación en el ciclo revolucionario de 1933.

Así, leyendo entre líneas las noticias que exaltaban estos triunfos, se puede entrever que las obreras “de base” solían hacer presión durante las negociaciones cuando se detallaba, por ejemplo, que “...se congregaron en el Ministerio de Trabajo centenares de obreras despalilladoras que laboran en las fábricas de tabacos para conocer la resolución”²¹. Quienes, como Amparo Loy, militaban para el Partido desde la fábrica, también tenían presencia en los barrios populares, en su caso, el de las Yaguas, extinto con la Revolución de 1959. Este era un segundo escenario en el que actuaban las despalilladoras, ya fuesen claramente dirigentes o militantes de base. Por ejemplo, en uno de los pasajes contaba:

Yo tenía el sindicato, el taller y tenía la célula de Las Yaguas. Los primeros comunistas de Las Yaguas fuimos yo y Jiménez, y después de nosotros los cuadros que nosotros hacíamos, que todavía perduran muchos de ellos. Nosotros llegamos a organizar en Las Yaguas cincuenta y cuatro jóvenes varones y hembras para la Juventud Socialista. Teníamos una venta de trescientos y pico de periódicos Hoy dentro de Las Yaguas. Juan Zamora era el responsable del periódico, pero nosotros lo ayudábamos a vender los trescientos periódicos diarios en Las Yaguas (Calderón, 1970, 200).

Como vemos, se trataba de un circuito de militantes que hacían presencia y trabajo político en diversos espacios con la convicción de que las labores de propaganda tenían un sentido educativo. En el contexto de la violencia política que se desata a finales de la década de 1940 en La Habana y varios municipios de la provincia homónima, estas despalilladoras participan activamente en la agitación obrera. En pocos años la situación política cambió diametralmente: a principios de la década vemos a un Partido Comunista fortalecido y, luego, a uno que es perseguido por Fulgencio Batista, es decir, el mismo gobierno con el que había estrechado alianzas.

²⁰ *Noticias de Hoy*, 21.04.1943 y *Noticias de Hoy*. 05.04.1944.

²¹ *Noticias de hoy*, 12.04.1944.

La Internacional Comunista proyectaba que la alianza entre Partidos y gobiernos de turno permitiría que los primeros tuvieran una mayor influencia entre los movimientos obreros, mientras que los EEUU esperaban que estas alianzas trajeran estabilidad política y social. En efecto, en Cuba el Partido amplió su influencia entre los obreros, logró que se aprobaran aumentos salariales con los cuales los obreros pudieron amortiguar el creciente costo de la vida y eso implicó cierta estabilidad al primer gobierno de Batista. Pero, como se planteó, esa situación fue pasajera. Las explicaciones de por qué el Partido pierde su fuerza política son variopintas. Por ejemplo, para Jorge Ibarra el Partido tenía una “mentalidad economicista” entre las dirigencias que alejó a militantes cuando no se pudieron satisfacer estas demandas o bien, el papel crítico hacia un personaje de la Revolución de 1933 como Antonio Guiteras – promesa de la Revolución armada desde la zona oriental de la Isla – y la posterior alianza con Fulgencio Batista produjeron que otros se terminaran alejando del Partido (2009: 257-258).

En todo caso, la crisis del primer gobierno del primer Batista entre 1940 y 1944 se explica porque se sostenía sobre un delicado equilibrio, por lo cual Ibarra señala que hubo impotencias por parte “...de la burguesía en conservar su poder y su influencia después de la Revolución del 30; y del movimiento revolucionario fragmentado, en acceder al poder”, (Ibarra, 2009: 255). Es decir, la crisis política de los años cuarenta se conecta directamente con lo sucedido a comienzos de la década anterior. Los recuerdos de Loló de la Torriente – una feminista e intelectual de izquierda de importancia en la época – y de Amparo Loy permiten vislumbrar lo que la Revolución de 1933 había significado para las mujeres militantes, así como su reacción a la violencia política que se desata hacia finales de los cuarenta. Sobre la oposición de las mujeres a la dictadura de Gerardo Machado a inicios de la década de 1930 Loló de la Torriente escribió: “fue la cubana el centro nervioso de la pelea. Alentó y sembró la esperanza. Buscó dinero y sumó adictos. Organizó sindicatos y habló a las masas. Escribió panfletos y repartió proclamas. Creó células, y con su presencia decidió a los que temían a la metralla o la tortura” (1985: 214-215).

Luego, cuando esta escritora vuelve a La Habana después del fracaso de la Revolución de 1933, recuerda la tensión que se vivió con el asesinato de Antonio Guiteras mientras que jóvenes y combatientes comenzaban a sumarse a las milicias republicanas en la guerra contra el fascismo en España. Allí señala que Fulgencio Batista era “un hombre, reconocido por Washington, manejaba los asuntos públicos, y era tan cínico que ostentaba su traición en paseos, a caballo, por las avenidas de Columbia y Miramar acompañado de Jefferson Caffery, Embajador de USA” (De la Torriente, 1985: 300). Luego menciona que Antonio Guiteras, el joven revolucionario que terminó en la Pentarquía que se conformó momentáneamente desde 1933, cuando fue Secretario de Gobernación, Guerra y Marina había firmado junto con Grau San Martín varios decretos y leyes favorables a las “capas empobrecidas”, (De la Torriente, 1985: 300).

Por su parte, Amparo Loy conoció a Antonio Guiteras algunos años antes de entrar a trabajar como despalladora en el Siboney, cuando cocinaba para él y otros personajes de la época en medio de la clandestinidad que se vivió durante los años previos a 1933. En sus recuerdos esto implicó un proceso de politización: para ella era “...un hombre muy fuerte y muy cubano” y enfatizaba en que “de su posición de él revolucionaria nace la mía, porque yo sí, quise mucho a Cuba, pero no tenía orientación vaya, nunca había tenido grupo revolucionario con quien reunirme” (Calderón: 1970, 139). Ese recuerdo contrasta con sus memorias del momento de “decaencia” del Partido desde que Carlos Prío Socarrás era Ministro de Trabajo y en la presidencia estaba Grau San Martín (1944-1948): Prío Socarrás impondría la figura de Ángel Cofiño para la CTC, quien, a su vez, “destituyó todos los comités de fábrica”, manipulando las votaciones para designar a las despalladoras delegadas por el Partido en las Fábricas y provocando situaciones para que las trabajadoras que eran leales a Lázaro Peña – dirigente por varios años de la CTC –, pudieran ser despedidas en masa (Calderón, 1970: 202).

De hecho, esa conexión política con Guiteras no era sólo de Loló de la Torriente y de Amparo Loy, sino que parece que estaba presente en el imaginario de una parte de las despalladoras en asociación con el radicalismo político. Por ejemplo, *Noticias de Hoy* reportó el asesinato de un conductor de ómnibus por un grupo que se hacía llamar “guitéristas” o “Acción Revolucionaria Guiteras”, ante lo cual María Luisa Lugo, madre del obrero asesinado y otra despalladora negra,

exclamaba: “¡Y le dije más. Le dije: ustedes se llaman “guiteristas”. Pero si Guiteras viviera, se levantaría para maldecirlos. Ustedes son, ahora, la misma generación de guerrilleros que asesinó a Maceo”²². Con esta relación entre 1933 y finales de los años cuarenta, se puede plantear que las despalilladoras venían de un proceso de agitación y politización revolucionaria que las llevó a tener un activo papel en la reacción contra Batista y los grupos de sindicalistas que le apoyaron, dividiendo el movimiento.

En efecto, las despalilladoras de La Habana tuvieron una activa participación en la agitación obrera de distintos municipios de la provincia de La Habana. Por ejemplo, hacia 1947 celebraron una conferencia para las despalilladoras de toda la provincia convocada por la Federación Tabacalera Nacional en San Antonio de los Baños, para intentar establecer un contrato colectivo estándar, quizás buscando no perder lo ganado cuando había una alianza con el gobierno. En esa conferencia participó Teresa García y Caridad García, entre otros dirigentes obreros. Teresa García planteó problemas “de organización” y entre los acuerdos internos se estipulaba:

Confección por parte de la FNT de un tipo de Contrato Colectivo de Trabajo, para su aplicación nacional en el sector del despalillo; 2. Amplio apoyo a la movilización nacional que desarrolla la FNT a través de mítines, asambleas, telegramas y concentraciones para obtener la aplicación de sistemas de cuotas de labor en el sector del despalillo [...]; 4. Laborar intensamente porque no se quede una sola despalilladora sin adquirir un ejemplar del folleto editado por el departamento de propaganda de la FNT que contiene todo el articulado del Retiro Tabacalero”²³.

Es decir, una de las respuestas de las despalilladoras a la crisis que enfrentaba la CTC y por consiguiente la FNT fue por medio de la disciplina sindical, siguiendo los modos de negociar que se basaban en el principio del derecho al trabajo. En este camino también estrecharon lazos con obreras de otras industrias como la textil o el servicio doméstico. En la Figura 3, por ejemplo, es significativo que aparezca Inocencia Valdés en el centro del V Congreso Obrero Nacional que se realizó en 1947, apareciendo en la leyenda de la fotografía como una referencia política y simbólica a la historia del movimiento obrero y a la de las despalilladoras.

No obstante, una estrategia era la respuesta formal, organizada, ante la situación que se presentaba y otra la que asumieron frente a métodos de violencia política y sindical que se llevaron a cabo en los últimos años de la década de 1940. Por ejemplo, la antigua maniobra de trasladar talleres de una localidad a otra para abaratar la mano de obra adquirió tintes políticos y con frecuencia se señalaba en *Noticias de Hoy* que era una forma de generar divisiones entre las despalilladoras²⁴. En el contexto del inicio de la Guerra Fría y de las purgas anticomunistas durante los gobiernos del Partido Revolucionario Auténtico (de corte liberal) hacia 1948, el Partido recibe un duro golpe al perder el control de la CTC, en donde residía su poder electoral: en 1949 el número de afiliados al Partido había bajado en un 60% y dos años después se estimaba que de unos 2000 sindicatos de base en el país los comunistas sólo tenían el control de 40 (De la Fuente, 2014: 301).

Esto se tradujo en una violencia política en la que se vieron implicadas las despalilladoras en la medida en que tomaron partido en la división obrera entre los comunistas y los auténticos, al igual que cuando sufrieron encarcelamiento o allanamientos a sus casas, como le ocurrió a Teresa García²⁵. En el último año del gobierno de Grau San Martín, siendo Carlos Prío Socarrás Ministro de Trabajo, se emitió una resolución para desalojar a la CTC contra la cual protestaron los trabajadores de diferentes sindicatos, entre ellos, los de las despalilladoras²⁶. Las despalilladoras de la Habana, a través de María Luisa Lugo, secretaria general del Sindicato de la ciudad o las representantes de algunas fábricas de importancia como Menéndez y Compañía, enviaron

²² *Noticias de Hoy*, 21.10.1948.

²³ *Noticias de Hoy*, 24.01.1947 y *Noticias de Hoy*, 31.01.1947.

²⁴ *Noticias de Hoy*, 21.11.1946.

²⁵ *Noticias de Hoy*, 4.02.1949.

²⁶ *Noticias de Hoy*, 30.07.1947.

telegramas a la presidencia de la República condenando el ataque a la CTC. En ellos señalaban que ese acto de “privar a los trabajadores de su casa” era acto inconstitucional y que el presidente había cumplido su palabra comprometida en un evento del Primero de Mayo²⁷.



Figura 3. Delegadas obreras asistentes al Quinto Congreso Obrero Nacional con Inocencia Valdés en el centro de la imagen²⁸.

Es decir, las despalilladoras seguían reclamando al Estado sus derechos en el marco de las organizaciones que se habían vuelto estratégicas para el mantenimiento de un equilibrio político en constante amenaza. Sin embargo, lejos de tener éxito, lo que siguió fue la purga de los líderes sindicales por parte de los gobiernos auténticos. Esta acción contó a menudo con el apoyo de los fabricantes, quienes vieron en ello la oportunidad de reemplazar los líderes sindicales por otros menos problemáticos. En este contexto, y retomando la idea de que las despalilladoras compartían una experiencia de clase pero no eran un grupo homogéneo, ocurre la división de facciones al interior de la CTC para las despalilladoras. Dentro de la CTC se formaron grupos afines al gobierno de Grau San Martín como la Comisión Obrera Nacional Independiente dirigida por el líder de los trabajadores electricistas Ángel Cofiño. Este grupo utilizó a su favor el inciso K sobre recaudación de fondos del gobierno, por lo cual pasó a ser conocida popularmente como la CTK.

En 1948, el año más álgido de la violencia política, se denunciaba que en las elecciones locales de los Comités de Fábrica se evidenciaba la presencia de las “dirigentes divisionistas” frente a quienes habían liderado esos espacios durante la década²⁹. De manera muy ilustrativa, en una de las notas que denunciaba esa crisis, se mencionaba sobre una situación de división en San Antonio de los Baños, municipio cercano a La Habana que,

Todo el pueblo sabe que esos miserables traidores que responden por Avelina Sánchez, Onelia González y “Capotico”, recorrieron los talleres tratando de presionar a las obreras para que aceptaran la rebaja de sus salarios. Así actúan estos elementos, siempre al servicio de la patronal [...]. ¡Por algo les pagan el Gobierno y los patronos! [...] ¡Ni un centavo de cotización a las miserables cetekarias que venden nuestro sudor y nuestra sangre! [...] Sindicato de Despalilladoras de San Antonio de los Baños. Comité Ejecutivo”³⁰.

Desde el periódico *Noticias de Hoy* se desarrolló una retórica específica para caracterizar a cada una de las facciones. Los torcedores y las despalilladoras que se acogieron al inciso K a

²⁷ *Noticias de Hoy*, 30.07.1947.

²⁸ *Noticias de hoy*, 8.05.1947.

²⁹ *Noticias de Hoy*, 14.08.1948.

³⁰ *Noticias de Hoy*, 14.08.1948.

menudo eran llamados “rompehuelgas” o “traidores”, merecedores de la “picota de la condena popular”, mientras que quienes seguían al Partido eran llamados los detentores de “la hermosa tradición patriótica de las luchas del proletariado tabacalero” frente a la “furia fascista del gobierno”³¹. Las despalilladoras, como veremos, asumieron algunos de los bandos y con ello, las retóricas que los acompañaban.

En medio de este agitado ambiente, el 1 de abril de 1948, es decir, una semana antes del conflicto en San Antonio de los Baños, estalló una huelga de las despalilladoras del Taller de El Siboney. El conflicto estuvo antecedido por un asalto policial al edificio de La Corona en donde resultó muerto Miguel Fernández Roig, quien pertenecía al Sindicato de Tabaqueros de La Habana. Un par de semanas después las despalilladoras pararon los trabajos y la respuesta del encargado de la fábrica, Isaac Martínez Muniains, fue tratar la huelga como un problema de orden público y reprimirla con la ayuda de la policía. En el periódico *Noticias de Hoy*, citado por Jean Stubbs, se criticó el papel del encargado y se le acusaba de reclamar “...la necesidad de una sangrienta purga” porque “habrá que acabar con “las negras”” (Stubbs, 1989b: 168). A estas expresiones que marcaban la forma en que los prejuicios raciales se combinaban y ahondaban las distinciones de clase, siguió la violencia policiaca.

En el taller de despalillo El Siboney se replicó la estrategia de intentar cambiar los liderazgos de los sindicatos por personas afines al gobierno y a la CTK, poniendo como nueva dirigente a la obrera Ana Rosa Lima frente a Amparo Loy, quien apoyaba al grueso de trabajadores que reconocían a Lázaro Peña como el dirigente sindical legítimo. Eso desató un enfrentamiento entre las despalilladoras y los policías, que terminó con la reclusión de las obreras en la cárcel de Guanabacoa durante más de quince días, pese a los intentos de Lázaro Peña, Teresa García, Gonzalo Collado y en general la junta directiva de la Federación Tabacalera Nacional por sacarlas de allí (Calderón, 1970: 203-209). Cuando la directiva de la FNT fue a la cárcel de Guanabacoa a sacar a Amparo Loy y el resto de las despalilladoras que estaban presas, ella reproduce una charla con Lázaro Peña en la que este dirigente le había “echado una charla” para puntualizar que ella, como responsable política, tenía que haberle dado un tratamiento político al asunto y no llegar a la violencia física.

Pero Amparo Loy justificó el llegar a ese punto mostrando cómo entendía el radicalismo político, lo cual se expresó también de manera colectiva con los coros que por ejemplo cantaron mientras estaban en la cárcel: “Compañera, compañera, / yo no te puedo pagar / porque tu eres cofiñista / y cobras el inciso K, / y por eso es que te digo / que no te voy a pagar, / tu tienes el taller revuelto / y no nos dejas trabajar...” (Calderón, 1970: 206). Haciendo referencia a Campanería, un testafarro del ala de Cofiño en la CTC, Amparo Loy recordaba con un acento un tanto heroico que:

Ellos no fueron a mi taller porque sabían que en el taller donde yo trabajaba había mujeres de verdad, mujeres guapas, que no los iban a dejar entrar, y si los dejaban entrar salían muertos. Si ya nosotras a cada rato salíamos presas de la fábrica, qué más nos daba haber matado a un negro sinvergüenza (Calderón, 1970: 210).

Estos episodios dejan entrever cierto radicalismo entre las despalilladoras “de base” en el que las identidades de clase habían resignificado las distinciones de género y raciales que recaían cotidianamente sobre ellas y que, en efecto, dieron lugar a un nuevo tipo de sindicalismo en el que los obreros, incluyendo a las despalilladoras, militaron por fuera de las fábricas e incluso por fuera de los sindicatos cuando estos lograron ser cooptados por el gobierno. Volviendo sobre el mito de la democracia racial comentado en la introducción, lo que aquí observamos es a un grupo de trabajadoras negras que sufrió el racismo exacerbado durante la persecución a la militancia comunista, pero aprovechó la experiencia ganada tanto en espacios sindicales como los barriales para enfrentar la violencia política con la que cerraba la década de 1940.

³¹ *Noticias de Hoy*, 1.12.1948.

4. Consideraciones finales

La reflexión sobre la construcción sexual y racial del oficio, así como sobre la militancia de Inocencia Valdés, Teresa García y Amparo Loy tiene como trasfondo una pregunta metodológica y es la de cómo dar cuenta de experiencias sociales que a menudo son expresadas en la documentación a través de un lenguaje que se presenta como neutral ante la diferencia racial. Estos episodios me permiten puntualizar tres asuntos: primero, el racismo no era nuevo en los años cuarenta, pero sí aparece como un fenómeno que adquiere una relevancia política para los sectores subalternos en estos años; segundo, la construcción de las diferencias raciales, de género y de clase, que fueron denunciadas por las trabajadoras negras, es constitutiva al proceso de formación de la clase obrera lo cual nos invita a descentralizar la narrativa respecto a la experiencia masculina y blanca del proceso político de los trabajadores y trabajadoras del tabaco en Cuba y, tercero, este grupo de despalilladoras usó nuevos marcos de referencia para ampliar sus márgenes de acción, abogando por su derecho al trabajo, en la escena de la lucha política y sindical.

Dado que la conexión explícita entre lo que implica el cruce de distinciones de género, raza y clase no se expresaba de la misma manera como lo han hecho los movimientos afrofeministas y latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XX, el proceso de las despalilladoras negras nos llama la atención sobre la necesidad de reflexionar constantemente sobre la historicidad de las múltiples maneras en que se encuentran o se alejan estas distinciones que, en ocasiones, pueden actuar como marcas de subalternidad entre los sujetos. También es cierto que las narrativas de las acciones de las mujeres negras pasa por las preguntas a las fuentes, así como de sus particularidades: en este caso, contrasta el lenguaje de clase y militante de la prensa obrera, con el lenguaje normativo de los censos y los matices que presenta, frente a esas dos miradas, un relato mucho más íntimo el cual – no sin mediaciones y trabajos de la memoria desde su presente –, da cuenta de cómo se construye una subjetividad marcada por la identidad colectiva de clase de un grupo heterogéneo, pero con algunas experiencias comunes.

Finalmente, teniendo en cuenta lo que señala Takkara K. Brunson en cuanto a que, si la inclusión de las mujeres negras en el proyecto nacional ha sido gracias a los términos elitistas de la ciudadanía, estos términos también han jugado un papel en sus estrategias políticas (2021: 4), estas consideraciones no implican desconocer el papel político de las despalilladoras negras del tabaco. Rompiendo con algunas dinámicas de exclusión de clase y género del imaginario blanco de la ciudadanía que paradójicamente reprodujeron algunas asociaciones negras (Pignot, 2010: 838), ellas buscaron incidir constantemente para mejorar sus condiciones de vida en los espacios y ampliaron los horizontes posibles para su reconocimiento como sujetos promotores de cambios en la Cuba republicana.

5. Referencias bibliográficas

- Barcia, María del C. (2009): *Mujeres al margen de la historia*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Brunson, Takkara K. (2021): *Black Women, Citizenship, and the Making of Modern Cuba*, Gainesville, University of Florida Press.
- Cabrera, Olga (1985b): *Los que viven por sus manos*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- Cabrera, Olga (1989a): "El mundo de la despalilladora cubana", *Historia y Fuente Oral*, 1, pp. 153-154. Disponible en <https://www.jstor.org/stable/27753234> [Último acceso 15 dic. 2024]
- Calderón, Jorge (1970): *Amparo: Millo y azucenas*, La Habana, Casa de las Américas.
- Colón, Maikel P. (2016): "Sábanas blancas en mi balcón, negra mi condición: hacia una (re) evaluación de narrativas cubanas decimonónicas sobre género, 'raza' y nación en las páginas de Minerva", *Mitologías Hoy. Revista de pensamiento crítico y estudios literarios latinoamericanos*, 13, pp. 39-56. Disponible en <https://raco.cat/index.php/mitologias/article/view/310359> [Último acceso 15 dic. 2024]
- De la Fuente, Alejandro (2014): *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, La Habana, Imagen Contemporánea.
- De la Torriente, Loló (1985): *Testimonio desde dentro*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.

- Harrington, Jaira J. (2024): "Centering Black Women's Labor History in Latin America" *International Labor and Working-Class History*, publicado en línea FirstView el 22 de mayo de 2024, pp. 1-5. doi:10.1017/S0147547924000097. [Último acceso 01 Sep. 2024].
- Helg, Aline (1995): *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, Chapel Hill and London, The University of North Carolina Press.
- Ibarra, Jorge (2009): *Patria, etnia y nación*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Ibarra, Jorge C. (2009): *Patria, etnia y nación*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- Jabardo, M. (2012): *Feminismos negros. Antología*, Madrid, Traficante de sueños.
- Jones W., Beverly (1984): "Race, Sex, and Class: Black Female Tobacco Workers in Durham, North Carolina, 1920-1940, and the Development of Female Consciousness", *Feminist Studies*, 10 (3), pp. 441-451. doi: 10.2307/3178034 [Último acceso 15 dic. 2024]
- McGillivray, Gillian (2015): "Cuba: Depresión, imperialismo y revolución, 1920-1940", en Paulo Drinot y Alan Knight, eds., *La Gran Depresión en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 308-346.
- Montejo, Carmen V.A. (2004): *Sociedades negras en Cuba, 1878-1960*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Padrón, Pedro Luis (1972): *La mujer trabajadora*, La Habana, s.e.
- Pérez, Louis A. (2011): *Cuba: Between Reform and Revolution*, New York, Oxford University Press.
- Pettinà, Vanni (2009). "Sociedad, 1902-1959", en Naranjo Consuelo O., eds., *Historia de Cuba. Vol. I. Historia de las Antillas*, Madrid, Ediciones Doce Calles, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 207-229.
- Pignot, Elsa (2010). "El asociacionismo negro en Cuba: una vía de integración en la sociedad republicana, 1920-1960", *Revista de Indias*, LXX (250), pp. 837-862. doi: 10.3989/revindias.2010.027 [Último acceso 15 dic. 2024]
- Ramírez Chicharro, Manuel (2014): "Doblemente sometidas: las 'mujeres de color' en la república de Cuba (1902-1959)", *Revista de Indias*, 262, pp. 783-828. doi: 10.3989/revindias.2014.026 [Último acceso 15 dic. 2024]
- Fernández Robaina, Tomás (1990): *El negro en Cuba, 1902-1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Sánchez, Amparo C. (2008): *Sembrando ideales: anarquistas españoles en Cuba (1902-1925)*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Scott, Rebecca (2005): *Degrees of Freedom: Louisiana and Cuba after Slavery*, Cambridge, Harvard University Press, Belknap Press.
- Stoner Lynn K. (1991), *From the House to the Streets. The Cuban Woman's Movement for Legal Reform, 1898-1940*, Durham y London, Duke University Press.
- Stubbs, Jean (1988a): "Gender Constructs of Labor in Prerevolutionary Cuban Tobacco", *Social and Economic Studies*, 37 (1), pp. 241-269. Disponible en <https://www.jstor.org/stable/27862936> [Último acceso 15 dic. 2024]
- Stubbs, Jean (1989b): *Tabaco en la periferia. El complejo agroindustrial cubano y su movimiento obrero, 1860-1959*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Tellería, Evelio (1984): *Los Congresos Obreros en Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Viveros, M. (2016). "La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación", *Debate Feminista*, 52, pp. 1-17. doi: 10.1016/j.df.2016.09.005 [Último acceso 15 dic. 2024]
- Weinstein, Bárbara (2000): "La investigación sobre identidad y ciudadanía en Estados Unidos: de la nueva historia social a la nueva historia cultural", *Fronteras de la historia*, 5, pp. 73-91. doi: 10.22380/20274688.717 [Último acceso 04 Abr. 2024].
- Zeuske, Michael (2002): "Estructuras e identidad en la 'segunda esclavitud': el caso cubano, 1800-1940", *Historia Crítica*, (24), pp. 125-136. doi: <https://doi.org/10.7440/histcrit24.2002.08> [Último acceso 15 dic. 2024]